

Tarea y traducción en Walter Benjamin: “Die Aufgabe des Übersetzers” según
Antoine Berman y Jacques Derrida

Agostina WELER

(Université Paris 8/ Universidad de Buenos Aires)

Resumen: Dentro del marco del pensamiento de Walter Benjamin sobre el lenguaje, el presente trabajo se centrará en los usos que el filósofo hace de la traducción que permiten sugerir una metafísica del lenguaje. El análisis aquí propuesto adquiere un nivel de complejidad adicional ya que, además de basarse en “Die Aufgabe des Übersetzers” [La tarea del traductor] de Benjamin, busca interponer dos lecturas o “traducciones” (en sentido amplio) que se han hecho del mismo. El análisis se apoya entonces en dos interpretaciones del texto hechas por los filósofos franceses Jacques Derrida y Antoine Berman, casi en simultáneo, entre 1984 y 1985. A través de estas “traducciones” intentaremos dar cuenta de algunas nociones clave del pensamiento de Benjamin sobre el lenguaje, a saber: traducción, intraducible, lenguaje puro. Por último, retomaremos un problema de las teorías de la traducción que surge al intentar traducir “Aufgabe” presente en el título. ¿De qué manera el pasaje de este elemento lingüístico señala el problema de la subjetividad del traductor?

Palabras clave: traducción, tarea, platonismo, intraducible, traductor

Recordemos que para Benjamin, según lo expresó en aquel escrito de 1916 (mismo año, por cierto, de la publicación del *Curso de lingüística general* de Saussure) intitulado en español “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres”, la traducción debería ocupar un lugar preponderante en cualquier teoría lingüística y se lamentaba de que éste no fuera el caso: “Resulta necesario fundar el concepto de traducción en el nivel más profundo de la teoría lingüística, ya que su alcance y potencia es tal que no puede ser tratado, como muchas veces se piensa, de forma secundaria o a posteriori.”¹. Aunque la traducción aparece ya en este escrito de juventud, nos ceñiremos a lo expuesto en el artículo “Die Aufgabe des Übersetzers” [“La tarea del traductor”], el cual empieza a conjeturar desde 1921 (a la edad de 29 años) y se publica finalmente en 1923 como prefacio a las traducciones al alemán que hace de *Tableaux parisiens* de Baudelaire.

¹ Benjamin, W. “Sur le langage en général et le langage humain” en *Oeuvres I*, trad. de M. de Gandillac, París, Folio, 1916; p. 157. [Las traducciones, aquí como en el resto del texto, son mías].

Ahora bien, el análisis de corte intertextual que proponemos aquí busca además de trabajar sobre el texto del propio Benjamin interponer, casi en un primer plano o por lo mismo en el mismo nivel, otras lecturas o “traducciones” (en sentido amplio) que se han hecho del mismo, con la intención de lograr una mayor comprensión del texto benjaminiano. Acoto que este proceder se ve apoyado por Berman que decía que este texto de Benjamin, perteneciente a su periodo de juventud, reclama, exige un comentario para su comprensión. Uno solo puede acceder a él a través de la forma comentario. El desarrollo se apoya entonces en sendas interpretaciones de “La tarea del traductor” hechas por los filósofos Jacques Derrida y Antoine Berman, casi en simultáneo, entre 1984 y 1985. Derrida escribió un artículo llamado “Des tours de Babel” donde analiza puntos clave del texto y Berman le dedicó un seminario entero en el *Collège International de Philosophie*. Las notas y grabaciones de dicho fueron recopiladas por Isabelle Berman junto a Valentina Sommella lo que dio lugar al libro póstumo *L'Âge de la traduction* [2008]. Se trata de traducciones en el sentido amplio de lecturas, interpretaciones, aunque en el caso de Berman estamos cerca de una re-traducción, ya que su análisis es casi literalmente frase por frase. Derrida se aleja mucho más del texto de partida, retomando segmentos. A partir de este método indirecto, rozaremos al texto de partida, o mejor dicho textos de partida, ya que ambos reconocen que trabajan sobre el “original” es decir el texto en alemán “Die Aufgagabe des Übersetzers” como también sobre la traducción al francés de Maurice de Gandillac (la primera data de 1959: *Oeuvres choisies*, la segunda de 1971, *Mythe et violence*). Este trabajo tiene en cuenta, por último, la historia de la traducción de Benjamin al español que hace Miguel Valderrama en su libro de reciente publicación: *Traiciones de Walter Benjamin*. El objetivo es dar cuenta, a partir de estas múltiples capas interpretativas tres nociones claves de esta filosofía del lenguaje de Benjamin, a saber, las nociones de “traducción”, “lenguaje puro” e “intraducible”, y, por último, plantea un problema de traducción que surge a partir de la traducción al español de la palabra “Aufgabe” presente en el título.

1. Sobre la noción de “traducción” en Benjamin

Cuando Benjamin habla de “traducción” en “La tarea del traductor”, debemos tener siempre en cuenta que ésta es sinónimo de *traducción literaria*. Esta *traducción literaria* se

encuentra íntimamente ligada con la traducción de textos sagrados, el arquetipo o ideal, según él, de toda traducción. Recordemos que su propia experiencia como traductor al momento de escribir el prefacio es como traductor de poemas de Baudelaire, aunque debemos aclarar que también fue un ávido lector y conocedor de traducciones literarias [las de George, son solo un ejemplo, pero basta con mencionar los nombres de traductores que sirven de ejemplo en el mismo texto: Lutero, Voss, Hölderlin, entre otros]. Esta noción de “traducción” por lo tanto, excluye explícitamente la traducción de textos no literarios, que recaerían bajo lo que Benjamin denomina la “comunicación”. Dicha restricción o selección, se apoya en una determinada concepción de lengua, a la que el filósofo parece querer resguardar de las teorías en auge de la época en que escribe, es decir la teoría de la recepción, que la postula como instrumento para la comunicación de información o, ya desde una perspectiva estructuralista, como un sistema de signos sin esencialidad propia. Con el advenimiento en el siglo XIX del periodismo y de la publicidad, surge una fuerte crítica desde Alemania² que repudia usos más “banales” del lenguaje, en cuanto vehículo de lugares comunes presentes en aquellas actividades. Por el contrario, la concepción de lengua que defiende Benjamin en el prefacio se apoya en una sacralización del misterio inherente a la misma, y la finalidad de la traducción, que nada tiene que ver con tornarse comprensible para satisfacer al lector, va en esta dirección. Puede que se base para ello en el debate que entabla Mallarmé en el ensayo “Arte para todos” [1862] donde establece una diferencia tajante entre el lenguaje poético por un lado y el de la filosofía o el lenguaje ordinario, por el otro. Allí dirá que el filósofo tiene deseos de divulgación y por ende buscaría un lenguaje más comprensible y transmisible que el poeta, que reclama para sí una lengua oscura, no inmediata, “aristocrática” para no caer en las funciones mercantiles propias de la burguesía que busca instrumentalizarlo todo, dotarle un sentido y una utilidad.³ Por otro lado, como señala Berman, Benjamin se inscribe dentro de la tradición alemana que de Lutero a Heidegger piensa la lengua mediante la metáfora de la morada o el aposento, portadora de una verdad que se refugia en ella. Retoma una frase que aparece en una carta de Benjamin a Hofmannstal: “[...] toda verdad tiene su morada, su palacio ancestral, en la lengua [Sprache].”⁴ Esta morada se ve constantemente amenazada por esos intentos que buscan reducir la lengua a una simple cháchara. Ante este cuadro

² Cf. M. Crépon; *Les promesses du langage: Benjamin, Heidegger, Rosenzweig*, París, Vrin, 2001

³ S. Mallarmé; “L’art pour tous”, en « L’Artiste : revue de Paris », París, Ed. Ferdinand Sartorius, septiembre 1862 p. 12

⁴ W. Benjamin; *Correspondance, I*, trad. G. Petitdemange, París, Aubier-Montaigne, 1979, p. 301

amenazante surge la importancia de pensar la traducción, una de las formas de preservación de dicha morada. Cito nuevamente a Berman que explicita este gesto que podemos encontrar en todos los escritos de Benjamin: “Defender la lengua como medio [en el sentido de entorno] fundamental de la experiencia y de la existencia humana representaba para él un imperativo categórico.”⁵

Benjamin confronta la concepción tradicional de la traducción de impronta platónica. Esta se caracteriza a grandes rasgos por la posibilidad de plantear algo así como simetrías o equivalencias entre las lenguas. De este modo la traducción puede pensarse como una mera operación, casi automática, de restitución de sentido, que es lo dado de antemano. De ahí a la idea de traducción como copia, y de esta como producto secundario, solo hay un paso. Ahora bien, Benjamin no se aparta del debate en torno a qué priorizar al traducir, el significado o el significante, y uno de los problemas será justamente cómo deshacerse del “sentido” o por lo menos desplazarlo del lugar preponderante que ocupa en dichas teorías. De forma indirecta, o como consecuencia de este rechazo, apoyará más bien una traducción basada en la literalidad, a la Hölderlin, por ejemplo, cuyas traducciones aprecia en cuanto ejemplo de cómo traducir.

La noción de traducción que opone Benjamin, argumentando que su finalidad, a diferencia de lo que habitualmente se cree y se expresa, es otra que la de hacer comprensible un texto para aquellos que no pueden acceder al texto por la barrera de la lengua (y de paso “elevando” el lugar comúnmente secundario o servil que se le asigna), se construye a partir de dos momentos claros en “La tarea del traductor”. Estos momentos tienen como eje la relación entre la obra de partida y la de llegada. El primero se caracteriza por el gesto o movimiento de acercar la traducción a la obra “original”. Recordemos el inicio de su argumentación que empieza con tono polémico y va directo al choque con las teorías de la recepción que establece que la traducción está al servicio del lector que desconoce la lengua y que por ende su función es la de hacer comprensible la obra de partida: “pero si la traducción estuviera realmente destinada al lector, también tendría que estarlo el original. Y si no fuera esta la razón de ser del original, ¿qué sentido debería darse entonces a la traducción basada en esta

⁵A. Berman ; *L'Âge de la traduction : « La tâche du traducteur » de Walter Benjamin un commentaire*, Presses Universitaires de Vincennes, 2008, p. 24

dependencia?”⁶ Ahora bien, como veremos a continuación, esta no puede ser la finalidad de la traducción ya que las obras (literarias) de por sí no están hechas de un contenido transmisible. “Original” y traducción comparten así la misma razón de ser, sobre todo como vimos anteriormente, al ser ambas de naturaleza verbal, compuestas de lenguaje.

Benjamin profundiza la dirección inicial que busca desplazar a la traducción de su lugar secundario para proponerla como una exigencia propia de la obra. Existe una ley de la forma de la traducción en el original que Benjamin denomina la traducibilidad de la obra. El pedido, o más bien exigencia, de traducción está en la estructura misma de la obra a traducir, que la desea, lo que nos lleva a pensar que la obra solo puede completarse, desarrollarse plenamente, en la posibilidad de esta exigencia. Es decir, la traducción como un momento en el conjunto de la vida de la obra que sería más extenso que el objeto obra en sí, con una temporalidad propia, siempre posterior, que implica el momento de la “supervivencia” de la obra: “Para las obras importantes, que nunca encuentran a sus traductores adecuados en la época de su creación, indica la fase de su supervivencia”.⁷ Esta *super* o *sobrevivencia* implica, como dice Derrida, un extra de vida. La obra no solo vive más tiempo, sino que vive más y mejor, más allá de las posibilidades de su autor. Benjamin habla de una expansión, peculiar y superior, un pasaje a un ambiente más límpido. Lo que nos conduce a otra de las nociones clave del texto: la de “lenguaje puro”. Y podemos adelantar la crítica que le hace Berman en este punto: si bien Benjamin retoma los postulados platónicos para generar una crítica, por momentos parece acercarse a ella, en nombre de lo que Berman denomina un “hiperplatonismo”. Con respecto a esta concepción de la lengua que admite la proposición tradicional -aunque nunca explicitada- que el traspaso de la traducción es “de naturaleza tal que clarifica, aclara y embellece. Benjamin, al hacer hincapié en esta lengua más pura, etérea, luminosa, repite esta concepción que insta a que la lengua de la traducción es “superior” a la de la obra a traducir.”

I.II El “Lenguaje puro” o la “lengua pura”

⁶ *Angelus Novus*, trad. De H. A. Murena, Barcelona, Edhasa, 1971, p.128

⁷ *Ibid.* p. 129

Benjamin inmediatamente decide recuperar la especificidad entre obra de partida y de llegada, postulando, en un segundo momento, sus diferencias. Nuevamente, a partir de su finalidad. La traducción tiene como finalidad propia la liberación del lenguaje puro o lengua pura [reine Sprache donde “Sprache” en su pasaje al español permite ambas traducciones] cautivo/a en la obra a traducir, a través de su presentación simbólica. El adjetivo “puro” lo ubica de inmediato dentro de la lógica kantiana. Berman lo explicita de manera muy clara al decir que su uso responde a la voluntad de Benjamin de desarrollarlo ampliar “la metafísica de la razón de Kant a partir de una metafísica del lenguaje. [...] En dicho contexto, la traducción aparecerá como uno de los principales caminos que conducen a la metafísica del lenguaje. Esta metafísica es una metafísica de la lengua pura [reine Sprache]. [...] Dicha expresión – que aparece ya en “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres” y juega un rol central en “La tarea del traductor” no remite únicamente a la lengua “adámica”, que en la Biblia preexiste a la fragmentación de lenguas de la Torre de Babel: ella es la correlación exacta de la expresión kantiana “Razón pura”, reine Vernunft. Según Berman, se trata de una lengua que no busca significar, ni expresar, ni comunicar, es decir una lengua que se sustrae a la esfera de lo referencial. La razón pura está fundada en este lenguaje puro, es decir este lenguaje que preexiste a todas las lenguas empíricas y hace de ellas lenguas. El lenguaje puro es el objeto de la reflexión filosófica, en cuanto lenguaje-de-la-verdad. Las lenguas empíricas lo contienen y a la vez lo recubren [...] La tarea de la filosofía es descubrirlo – y esta es, asimismo, la tarea de la traducción.”⁸

Esta explicación da cuenta también del aspecto incompleto de las lenguas empíricas, que pueden y deben complementarse en traducción para alcanzar esa unidad del lenguaje puro. El mismo respondería a aquel estado en donde todas las lenguas se reúnen para alcanzar una realización plena en un lenguaje puro, límpido, mágico. Es así como la traducción está al servicio de este lenguaje puro, anunciado por y en la traducción, aunque este nunca llegue a manifestarse más que en símbolo. Derrida lo explica así: “A través de cada lengua se apunta a algo que es idéntico para todas pero que ninguna puede alcanzar de forma aislada. [...] No es trascendente a la lengua, no es un real. Lo que buscan en la traducción es la lengua en sí como acontecimiento babélico. [...] Es el ser lengua de la lengua, la lengua o el lenguaje en

⁸A. Berman ; *L'Âge de la traduction : « La tâche du traducteur » de Walter Benjamin un commentaire*, Presses Universitaires de Vincennes, 2008, p. 23

cuanto tal, esta unidad sin ninguna identidad en sí que hace que existan las lenguas en plural.”

⁹.A esta idea de completitud que se desprende del proceso de querer dar cuenta de la lengua pura mediante la traducción, podemos oponer las zonas oscuras a las cuales no tiene acceso. Llegamos así a nuestra tercera noción, la de *intraducible*.

I.III Lo Intraducible

Lo intraducible en Benjamin parece como aquello que *resiste* a una traducción, al punto de poner en peligro o impedir que el pasaje se lleve a cabo. En “La tarea del traductor” el ejemplo más contundente es el de un verso de Mallarmé proveniente del poema “Una tirada de dados jamás abolirá el azar”. Benjamin lo deja tal cual, en francés, sin traducir. ¿Cómo interpretar este gesto que explicita una limitación del texto y/o del traductor? Derrida, por su parte, hace de la imposibilidad de traducir un hito de su texto postulando en primer lugar como ejemplo de intraducible el nombre propio. También se pregunta sobre el modo sorpresivo en que aparece este verso, “reluciente como la medalla de un nombre propio”, y concluye que su intraducibilidad, cuya temática justamente remite a la consecuencia segadora de la existencia de una multiplicidad de lenguas, tiene que ver con que los textos pueden estar escritos *en varias lenguas a la vez*. Derrida se sirve para establecer también una crítica al límite impuesto por un pensamiento binario de la traducción, que plantea únicamente como relación posible aquella entre dos lenguas, como máximo. Su desconfianza ante la posibilidad de nombrar *una* lengua, de establecer los límites de una lengua, algo así como la pureza de una lengua [basta recordar que toda la primera parte de “Des tours de Babel” es un análisis del episodio de la Torre de Babel]. Una lengua habla varias lenguas y este multilingüismo o polifonía de voces es imposible de reproducir en una traducción. Lo intraducible es entonces una característica de la lengua de partida. Sin embargo, es necesario aclarar aquí que Benjamin trabajará más bien en términos de la “intraducibilidad” como característica de la obra.

Derrida traduce lo intraducible mediante otra palabra, lo “intocable”: “Lo intangible, lo intocable (unberührbar) es lo que fascina y orienta el trabajo del traductor [...] aquello que queda del texto cuando hemos extraído su sentido comunicable (punto de contacto,

⁹ J. Derrida; “Des tours de Babel” en *Psyché: Invention de l'autre*, París, Galilée, 1998, p. 224

recordemos, infinitamente pequeño), cuando hemos transmitido lo que ha podido ser transmitido, véase enseñado...”¹⁰. En esta última frase reconocemos nuevamente un guiño a Mallarmé. Se trata de algo de la obra que no es posible disolver o resolver en una traducción. Es también aquello que perdura, como una ruina. Ambos comparten la visión que la obra permanece intacta luego del pasaje de la traducción, esta vuelve a cerrarse sobre sí misma. De aquí podemos hacer el enlace hacia el problema del imposible traspaso de la polisemia de la palabra “Aufgabe” en alemán.

I.IV Especificidad de las “traducciones” de Derrida y Berman: ¿cómo traducir “Aufgabe”?

Hasta aquí, las nociones de “traducción”, “lenguaje puro” e “intraducible” y su interpretación-traducción por Derrida y Berman no presentan mayor disenso. Salvo por la dificultad de traducir “Sprache” por “lengua” o “lenguaje”, dificultad, por lo demás, que los autores aquí convocados -sobre todo Derrida que las utiliza indistintamente- no asumen. Ahora bien, la problemática que se desprende al querer traducir la palabra “Aufgabe”, presente en el título “Die Aufgabe des Übersetzers”, nos ubica en un terreno más incierto. ¿Cómo la traduce Derrida y cómo la traduce Berman? La hipótesis es que esta cuestión permite dar cuenta de uno de los problemas clave de las teorías de la traducción y que se encuentra en el texto de Benjamin aunque de forma implícita: aquel de la “visibilidad” del sujeto traductor.

Cuando se quiere traducir el texto de Benjamin, en español (como en francés), “Aufgabe” se traduce por “tarea”. ¿Qué implica traducirla de este modo? Decir que el traductor tiene una tarea lo inserta en un marco moral, al relacionar tarea con la idea de la responsabilidad. Este es el sentido que predomina en el análisis de Derrida, quien hace hincapié en la deuda y en el contrato de traducción. Al registro místico y poético de Benjamin le contrapone el del derecho positivo, al punto de citar párrafos de la legislación francesa existente en torno a los derechos de autor, y el del contrato nupcial. “Aufgabe” es en este sentido interpretable como una carga, que el traductor, frente al carácter imposible de toda traducción, padece. Porque se sabe de antemano que el contrato es imposible de cumplir o

¹⁰ Ibid., p. 224

satisfacer. Esta imposibilidad de llevar a cabo una traducción, de realizarla de forma completa, es interpretada como exigencia y a la vez prohibición de Dios, quien impuso la confusión y la división entre las lenguas: “Porque Babel es intraducible. [...] Su texto es el más sagrado, el más poético, el más originario dado que [Dios] crea un nombre y se lo da, lo que no quiere decir que quede menos indigente entre tanto poder y riqueza, se queja de no tener un traductor”¹¹. Un traductor al que, a su vez, reclama. La traducción es una exigencia que finalmente solo Dios puede cumplir. Pero dicho contrato, ¿se establece entre el traductor y el escritor de la obra? Según Derrida, el contrato, “la deuda no compromete a sujetos vivos sino a nombres al borde de la lengua, o más rigurosamente, el nexo que contrae al sujeto vivo con su nombre”¹². Nuevamente nos conduce al terreno de la intraducibilidad de los nombres propios lo que le permite establecer que tanto este texto de Benjamin como el de 1916 deba leerse en clave de una “teoría del nombre”. El traductor sujeto, su presencia, queda relegada a un segundo plano. El contrato pasa, del mismo modo que en el texto de Benjamin, entre el vínculo entre las lenguas en el texto de partida y el de llegada, el sujeto traductor se desvanece o disuelve en la transacción, a la cual de cierta manera se sacrifica. “Una traducción esposa el original cuando los dos fragmentos unidos, tan diferentes entre sí, se complementan para formar una lengua más grande, en el transcurso de una supervivencia que transforma a ambos”¹³. Es lo que Derrida denominará “el contrato de traducción”: himen o contrato nupcial con promesa de dar a luz a una criatura cuya semilla dará lugar a historia y crecimiento. Aclara que se trata de una criatura, con cierta vinculación, es decir que guarda cierto nexo con sus progenitores, pero a la vez mantiene su independencia, ya que tiene el poder de hablar por sí mismo, [...] lo que implica que sea algo más que un producto sujeto a la ley de la reproducción: “Esta promesa anuncia un reino a la vez “prometido y prohibido donde las lenguas se reconciliarán y se completarán.”[...] Dicho reino nunca es alcanzado, tocado, por la traducción. Hay algo intocable, y por ende la reconciliación actúa sólo como promesa.”¹⁴. El tema de la “presencia” del traductor también puede leerse en los términos en que se establece la finalidad de la traducción. La traducción torna presente, bajo una forma anticipadora, casi profética, una afinidad [los vínculos más íntimos que existen entre las

¹¹Ibid., p. 219

¹²Ibid., p. 219

¹³Ibid., p. 224

¹⁴Ibid., p. 224

lenguas, emparentadas en cierta intencionalidad]. Termina preguntándose por este modo singular de presentación en lo que nada se presenta bajo el modo corriente de la presencia.

Por su parte, Berman también se apoya en el carácter imposible e inacabado de toda traducción, el abismo que se presenta como su esencia ineluctable. Lo ejemplifica a partir de dos paradojas que encuentra en el prefacio de Benjamin. La primera tiene que ver con la falta de correspondencia entre aquello que promete el título “Die Aufgabe des Übersetzters”, hacer visible la figura del traductor por el hecho de nombrarlo (uno espera que va a referirse al traductor), y lo que realmente ocurre en el cuerpo del texto, donde se habla no ya del traductor, sino de la traducción. Según él, cada vez que uno se topa con la palabra “traductor” en el texto de Benjamin, podríamos reemplazarla por “traducción”. Declara que Benjamin trabaja dentro del horizonte platónico, aunque no sin cuestionarlo. La definición corriente de traducción desde dicho horizonte establece que es un “acto de translación *transparente* del sentido. La traducción, para poder cumplir con esta transparencia, debería ser para decirlo de algún modo, *sin sujeto*, dado que el sujeto vendría a *deformar* el proceso de la traducción. Reconocer por ejemplo la marca del traductor en una traducción se interpreta como una tara que afecta su “fidelidad” y “verdad”. De allí se desprende toda una psicología del traductor como destinado a la disolución. En cuanto imperativo impuesto al traductor, este borramiento literalmente significa que no debe “ser” para que la translación pueda efectuarse. [...] O mejor dicho, que su “ser” es aquel de una pura *función*: aquella de efectuar el pasaje esclarecedor del sentido. Allí donde aparece el traductor, siempre es de manera negativa: es aquel que pone en jaque la concreción de la traducción”¹⁵.

La consecuencia directa de este pensamiento es que la traducción nunca debe mostrarse como tal, debe auto-negarse. Y dado que ambas negaciones son imposibles, concluye Berman, se genera una tensión. Y hace hincapié en la necesidad de dar cuenta de la diferencia: la traducción no es una obra original, es una traducción, producto de un sujeto que deja su impronta en cuanto tal. “En la traducción tradicional, el traductor es motor de errores, infidelidades, deformaciones. No alcanza con afirmar que el rol de la subjetividad del traductor es esencial, en tanto operadora de opciones, interpretaciones, modulaciones, etc. Ya

¹⁵ A. Berman; *L'Âge de la traduction : « La tâche du traducteur » de Walter Benjamin un commentaire*, Presses Universitaires de Vincennes, 2008, p. 36

que es el rol mismo de la intervención que se cuestiona.”¹⁶ Berman rescata que Benjamin, a través del título haya querido destacar la subjetividad traductora, aunque no haya podido realmente llevar a cabo este cometido en lo que resta del texto.

Esta crítica nos lleva considerar la segunda acepción de “Aufgabe” que Berman rescata apelando a su conocimiento del romanticismo alemán. “Aufgabe” a partir de Novalis recibió: “un sentido fundamental que Benjamin conoce perfectamente. Y que nada tiene que ver con la esfera de los deberes y las responsabilidades – en todo caso, con la esfera moral o ética. En el cosmos terminológico romántico “Aufgabe” se vincula a otro término “Auflösung” que puede traducirse por “solución” o “resolución”. La “tarea” se enfrenta siempre a un estado de cosas por resolver [...] La tarea entonces, se enfrenta a un “problema” (por resolver), a una materialidad hostil (que tiene que disolver) o a una disonancia (que debe resolver de forma musical).”¹⁷ La traducción de “Aufgabe” por estos términos vecinos permitiría hacer hincapié en la figura del traductor, ya no como pura función o aquel que debe cargar de forma pasiva con una tarea imposible, sino como alguien activo que debe constantemente debe resolver un problema. No obstante, el término “Auflösung” no está exento de ambigüedad en lo que respecta al problema de la subjetividad del traductor ya que como vimos significa también “disolución”.

Conclusiones

Terminaré resumiendo algunas impresiones: si Benjamin al hablar de la traducción se ubica mayormente en el plano especulativo, Derrida al oponerle el léxico de lo jurídico y al tomar ejemplos concretos de la legislación francesa vigente sobre el estatuto de la traducción, deconstruye los alcances de aquella teoría. Llega a desconfiar incluso si la traducción es el tema central del prefacio en cuestión y si no deberíamos tomarlo como una excusa, que permitiera desarrollar una teoría del nombre. En todo caso, esta postura le permite deslindarse del problema de la subjetividad del traductor. Berman, por su parte, y por motivos muy diferentes, busca dotarle mayor peso a la cuestión a la presencia y actividad del traductor, al calificar dicha actitud negadora como una vuelta a un platonismo. Busca dar cuenta de lo que

¹⁶Ibid., p. 37

¹⁷ Ibid., p. 40

ocurre en el proceso de traducción, lo que lo lleva a plantear una ética de la traducción, e incluso una disciplina llamada “traductología” que trata justamente de analizar el proceso de traducción desde la subjetividad del traductor. Para sostener esta mirada, introduce la polisemia presente en la palabra “Aufgabe” que tiene una carga romántica. Benjamin cuando roza el tema de manera superficial, plantea el peligro del traductor al hablar de Hölderlin, quien sucumbió en el silencio y cesó de escribir después de sus traducciones. Se puede interpretar que existe un cierto sacrificio en la tarea de traducción, que lo liga a lo expresado por Derrida.

Los grandes problemas e interrogantes del texto parecen responder a esta tensión del objeto-sujeto traducción-traductor que podemos leer a partir de las dos formas de traducir “Aufgabe”. Derrida, traduce por responsabilidad, planteando el contrato entre nombres propios, Berman parece preferir la clave romántica, es decir, “Aufgabe” como una resolución de un problema o disolución de algo que genera resistencia o resolución de voces disonantes en el sentido de un acorde. Lo reconfortante de la tarea del crítico, a diferencia del traductor, es que se le permite mantener la complejidad del caso, exhibiendo estas diferencias de matiz. El traductor, por el contrario, ante la ardua exigencia de constantemente tener que optar y resolver las diferencias, se enfrenta sin cesar a la pérdida que implica decidir por una de las opciones. En su lugar, Derrida parece oponer la existencia de una multiplicidad de textos, de interpretaciones, de pliegues que buscan complejizar. Esto hace referencia también a la deconstrucción, que más que una destrucción, busca insertar y agregar capas de complejidad, transponer al interior de un texto, otra escritura, para reavivarlas, resucitarlas. Benjamin, por último, parece compensar la pena del traductor, dotándolo de un poder casi divino, al estar cumpliendo, consciente de la distancia entre las lenguas, cierta relación de intimidad entre ellas. Un poder casi divino. Este poder no se cumple sin riesgo, sin embargo, ya que, en las buenas traducciones, como lo atestigua el caso de Hölderlin, viene aparejado con el sacrificio total del traductor. En todo caso, el problema de la visibilidad del traductor parece responder a la exigencia misma de la traducción y a su aspecto simbolizante en cuanto anuncia algo que está condenado a permanecer ausente, es decir, ante la inevitable negación de una presencia plena.

Bibliografía

Benjamin, Walter; *Correspondance [1910-1928]*, trad. G. Petitedemange, París, Aubier-Montaigne, 1979

----- ; « Sur le langage en général et sur le langage humain » (1916) en *Œuvres I*, trad. M. de Gandillac, París, Ed : Folio-Gallimard, 2000

-----; « La tâche du traducteur » (1923) en *Œuvres I*; trad. M. de Gandillac, París, Ed : Folio-Gallimard, 2000

-----; « La tarea del traductor » en *AngelusNovus*, trad. H. A. Murena, Barcelona, Edhasa, 1971

Berman, Antoine; *L'Âge de la traduction; La tâche du traducteur de Walter Benjamin, un commentaire*, textos reunidos por Isabelle Berman en colaboración con V. Sommella, Presses Universitaires de Vincennes, col. Intempestives, 2008

-----*La Era de la traducción*, trad. E. López Arriazu, Buenos Aires, Dedalus, 2015.

Crépon, Marc; *Les promesses du langage : Benjamin, Heidegger, Rosenzweig*, París, Vrin, 2001

Derrida, Jacques; “Des tours de Babel” en *Psyché: Invention de l'autre*, París, Galilée, 1998

Mallarmé, Stéphane; “L'Art pour tous” en « L'Artiste : revue de Paris », París, Ed. Ferdinand Sartorius, septiembere 1862

Valderrama, Miguel; *Traiciones de Walter Benjamin*, Adrogué, La Cebra, 2015